

HOLOCAUSTO EN MEMORIA DE ALFREDO CAZABAN

Por Federico de Mendizábal

AMOR y gratitud, son adelfos del corazón humano perfecto. Y estos sentimientos, siempre, son los que brotan en mí cuando la palabra «Jaén» florece sobre la geografía de mi vida. Con ellas tres —amor, gratitud, Jaén—, deseo, necesito, rendir (hoy que tal vez tengo a mi lado su amiga sombra elísea) mi holocausto que, si al nacer es íntimo, tiene que hacerse público al brotar, a la memoria de un gran amigo, de un gran hombre jaenero y, por tanto, de lo más español: Alfredo Cazabán, el ilustre y nunca bien llorado cronista que sucedió, con carácter oficial y de méritos positivos, al insigne poeta don Antonio Almendros Aguilar, y fue digno antecesor del último, Luis González López.

¡Qué trilogía de amigos!

Sin embargo, los que conocéis las fechas biográficas y las edades de los tres maestros y establezcáis un estudio comparativo con las de mi vida, vendréis forzosamente a preguntaros: ¿Cómo dice «tres amigos», si al primero no le conoció, no le trató, no le vio sino por alguna fotografía de aquel sepia deslucido, daguerrotipo de finales del siglo XIX?

Debo responderos humildemente a vuestra justa razón, con esta otra de un orden psíquico: Sí, queridos amigos; sí, le conozco, le siento, le veo, porque los poetas tenemos muy desarrollada la transparencia espiritual de la evocación, más aún, cuando las inquietudes, el interés de una sana y noble curiosidad nos elevan a establecer con-

tacto con la obra del hombre, y así como al estudiar la obra de Bécquer, le siento a mi lado y «conozco perfectamente a Bécquer» igual que si hubiese vivido sus días con él; así como de idéntica forma se ha hermanado mi alma con la de Antonio Machado, sin habernos conocido personalmente tal y como personalmente fuimos amigos su hermano Manolo y yo, dándose la circunstancia ultratelúrica de que conozco más el alma de Antonio que la de Manolo, conozco también, y es un gran amigo, a don Antonio Almendros Aguilar, por las mismas causas. Conocí toda su obra —que custodiaba entonces su hijo y excelente amigo y poeta Octavio—; penetré, por sus versos, en su tiempo y en «su» Jaén fin de siglo y a través de las amarillentas cuartillas «vi» su alma entera, su manera de ser. Tanto por el contenido como por la expresión grafológica de sus autógrafos, todo el hombre mental, afectivo y lírico me fue revelado; todo su carácter bueno, comprensivo, negligente para la vanidad, amable a todos, romántico póstumo del Romanticismo español, pero ya con el romanticismo grato de acuarelas iluminadas por suaves tonalidades de crepúsculo, de amanecer plácido, tintas digo de acuarelas y no de los aguafuertes primitivos de los románticos de ciprés y de suicidio, no; todo él impregnado de la nostalgia romántica modificada en caudal poético natural que informó por aquellas postrimerías del siglo, los primeros libros del maestro y príncipe de la poesía nacional moderna Francisco Villaespesa: «Flores de almendro», «Rapsodias», «Canciones del camino», hasta la introducción total del Modernismo en «La copa del rey de Thule».

Permitidme que por esto, por sentir así, tan intensamente a don Antonio Almendros, le llame «gran amigo». Y él sabe muy bien que lo soy, por los actos posteriores, unos públicos, otros en silencio, llevándole a las más prestigiosas antologías modernas: a la «Historia y antología de la poesía española» del erudito ilustre Federico Carlos Sáinz de Robles, tercera edición, y a «Las mil mejores poesías de la lengua castellana» desde su 22 edición con otro erudito y valioso escritor: José Bergua. Todo esto no es favor mío, sino deber de amigo en defensa de su memoria. Gran amigo, grandes amigos somos, sin la materialidad de habernos conocido físicamente.

Y volviendo del trasmundo poético, pero exacto, cuando tuve la fortuna de ir a Jaén para en sus tierras arraigar y que floreciese vital este ya eterno vínculo de unidad en amor y gratitud, una de las prime-

ras almas que me abrieron las cancelas áureas de sus jardines interiores fue la de Cazabán. El, erudito y maestro, ya tenía muchas noticias literarias de mi vida poética y así redactó con su proverbial generosidad aquel recibimiento que la prensa de Jaén me hizo, tan cordial, tan efusivo, tan inmerecido. «Patria», «Don Lope de Sosa», la inapreciable crónica del Santo Reino, me abrían sus brazos cálidos, fuertes, efusivos y en una palabra total: «fraternales». Eran, tras los de Alcalá Venceslada —siempre también emocionado recuerdo— los de Alfredo Cazabán.

Asimismo, yo sabía de su gran labor de poeta, de periodista, de centinela literario para las glorias de Jaén, de investigador infatigable de su entraña histórica, y le admiraba mucho dentro del área profesional, mas en estos días (febrero-marzo de 1927) lograba el honor y la satisfacción de conocerle y estrecharnos en compenetrado abrazo. Y tras de aquel recibimiento que redactó en la prensa jaenera, cuando días después, se celebraba una gran función benéfica por la compañía dramática que actuaba en el teatro Cervantes, me pidió Cazabán un soneto que, dedicado expresamente a cantar el acto aquel, en que por cierto se repartieron muchas flores a las señoras y señoritas del público, sería leído en uno de los entreactos por el primer actor. Le complacé gustoso, suplicándoles, tanto a él como al ilustre comediante, que solamente recitase los catorce versos sin decir el nombre del autor. Así fue. Mas, cuando el actor dio fin al último verso, Cazabán se puso en pie y en el centro del patio de butacas, señalándome a distancia, gritó con emocionada y sonora voz: «¡Magnífico, Mendizábal, bravo!», y arrancó la ovación generosa del público de Jaén, ante quien, por primera vez, tuve que levantarme —ya descubierto como poeta— para saludar...

No es la vanidad quien dicta estas líneas, sino la necesidad psicológica de presentar, en un solo rasgo, el alma noble, vibrante, buena y apasionada y sincera, de aquel hombre que sabía desde sus más tiernos años, con una conducta modesta y ejemplar, acrisolada en el deber y en el trabajo, sostener su casa huérfana de padre, luchar con la vida, fundir bondad en derroche con vigor de tenacidad hispánica, y así ganar al fin el triunfo tan duro, tan discutido, tan cruel, para todos los luchadores, antes de rendirse al esfuerzo tenso y al mérito verdadero, de la gran realidad de producir, y producir bien.

«El arte nos da la gloria cuando antes le hemos dado la vida», trazó genial nuestro máximo Jacinto Benavente. Y ésta fue la divisa del escudo de Cazabán. Dar la vida, toda la vida, día tras hora y año tras días, en holocausto de una causa, de un fervor. Sin reservas, en silencio, con aplausos luego, con admiración creciente después, hacia su labor: con ver, en fin, cincelado el epitafio mudo de su recuerdo, de su memoria para él.

Le veo con la exactitud de aquellos días. Siempre con abierta cordialidad, grueso como Rossini, como Dumas padre o Maupasant, vestido con un amplio chaquetón —llenos los bolsillos de notas eruditas, de papeles literarios— y un amplio pantalón de distinto color siempre que su chaquetón; planos y cómodos zapatos... y todo abierto como la botonadura de su gran chaqueta para que no pudiese nada, jamás, oprimir su más ancho corazón hipertrofiado para todo lo angosto...; y abiertos los brazos, abierta la sonrisa y el alma de par en par. Patriarca de lo alto, de lo irreal, lo humano, lo histórico, y lo perdurable, con su mayor integridad y dimensión.

Trabajador en grado máximo, desconocía la fatiga del esfuerzo y del cansancio. Su labor valiosísima lo demuestra. Y trabajador sin vanidades presentes o futuras y menos aún, póstumas. Era «lo suyo» cumplimiento de un puesto de servicio. Y era fecundo sembrador para el mañana como celoso conservador del ayer. Su Jaén le debe un intenso cultivo del alma histórica y ancestral, una intensidad de poeta que canta su camino y además de traer al mundo «su mensaje» viene a él con una labor marcada, precisa, que fructifica, siendo sus germinaciones frutos espléndidos, de los que nunca pierden el aroma porque fueron ofrecidos sobre los tiempos, para los tiempos; porque su ofrenda se hizo en un ara de idealismos a la tierra madre, y a la humanidad para su cultura y progreso, y a la historia para su análisis, conservación y esclarecimiento, y al arte para su custodia por el deleite del bien decir, por la honradez vertical del bien pensar.

Esto era mi querido y evocado Alfredo Cazabán en la más íntima sencillez de su amor a todos, de su tarea diaria, de su persona dulce y amable, lírica y sentimental: mucho valor de luces en Iris, con la modesta y natural aparición que lo hace cada día sobre los horizontes que despiertan y sobre la noche del ayer, la aurora.